

EN DEFENSA DEL CAPITALISMO DEMOCRATICO

por MICHAEL NOVAK *

Los Estados Unidos, con su sistema de capitalismo democrático, se encuentran empeñados en todo el mundo en una guerra de ideas, la cual, según numerosos indicios, parecen ir perdiendo.

Desde 1948 se han formado en la tierra 111 naciones nuevas. Entonces había 49, y ahora son unas 160. La mayoría de ellas ha elegido, o había elegido, formas de economía política que no son como la norteamericana. Actualmente no existen más de 30 democracias en el mundo, y todos los países que funcionan con sistemas democráticos lo hacen también con economías capitalistas, esto es, con un vasto sector privado, y confiriendo gran importancia a los mercados y a los incentivos.

Sin embargo, en los últimos decenios numerosas naciones han debido elegir una forma propia de economía política, y muchas de ellas no han optado por la nuestra. Un país tras otro va implantando, según podemos ver —Nicaragua es el caso más reciente; Angola y muchos otros la precedieron— sistemas de economía política respecto de los cuales puede predecirse tranquilamente que terminarán en la depresión y la pobreza.

No hay ninguna razón que obligue a los pueblos de estas naciones en desarrollo a tomar tales decisiones. Sin embargo, aún en el caso de que los líderes del Tercer Mundo se hayan educado en París o Londres, y hasta en Harvard o en el MIT, resulta de todos modos probable que adopten una orientación estatista.

* Michael Novak, cientista político norteamericano; investigador del "American Enterprise Institute".

En la época de su revolución, en 1972, Bangladesh puso en práctica un plan económico, elaborado en el MIT y en Harvard, de acuerdo con el cual el gobierno debía nacionalizar todas las industrias del país. Fueron estadounidenses quienes lo diseñaron, no soviéticos, ni chinos. Un decenio más tarde, todas estas empresas arrojaban pérdidas, y el gobierno, responsable directo de su colapso, intentaba desesperadamente vender lo que quedaba de ellas a particulares. Podría haberse imaginado que ello ocurriría, pero ni el MIT ni Harvard lo pensaron.

Mencionaré a continuación otro ejemplo de la guerra ideológica cuya existencia postulo; he integrado en dos ocasiones la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, con sede en Ginebra, y puedo aseverar categóricamente, sobre la base de ambas experiencias, que pocos de nuestros aliados, aún los que mantienen economías mixtas, hablan jamás en defensa de la parte capitalista de sus sistemas y del nuestro. Si es que llegan a tocar el asunto de la economía política, defienden el aspecto socialista, "protector" y "solidario", de ellos. Son incapaces de resistirse a la retórica socialista, que permite a quienes se consideran socialistas democráticos hablar el mismo lenguaje que los representantes de la Unión Soviética y China. En materias económicas emplean virtualmente los mismos conceptos y similares métodos de análisis, y aunque algunos piensan en resultados democráticos y otros en lo contrario, los términos son cautivadoramente iguales.

Se habla mucho de "ganancias desvergonzadas", pero a nadie parece ocurrírsele que "ganancias" es sencillamente otro nombre del **desarrollo**. Esto es, en toda actividad económica, si no se obtiene más de lo que se gasta —se llame al excedente "acumulación de capital", "ganancias" o como fuere—, se marca el paso o se retrocede. Esta regla es aplicable a los regímenes socialistas tanto como a los capitalistas; en ambos casos debe haber acumulación de capital o el sistema quedará paralizado. Sin embargo, en las Naciones Unidas muchos hablan en favor del desarrollo y se declaran al mismo tiempo contrarios a la obtención de utilidades. Esta postura carece de sentido, pero nadie osa siquiera cuestionarla. El debate en torno a esta materia se dejó de lado hace casi 40 años.

Una Respuesta Adecuada

¿Cómo podemos comenzar a revertir esta situación?

Para que podamos librar adecuadamente una guerra de ideas se necesitan dos cosas. En primer lugar, debemos tener la voluntad de luchar. Programa tras programa, los organizadores me llaman preguntando si tendría la bondad de concurrir a representar un punto de vista. Su tono de voz me da a entender con frecuencia que se refieren al punto de vista reaccionario, pero de cualquier manera me ruegan que asista porque no pueden encontrar a nadie más. Sin duda, ésta es una buena razón por la cual los portavoces del capitalismo democrático rehúyen participar en tales debates; pero con ello se pierden oportunidades de expresar nuestros planteamientos.

Luego, en segundo lugar, cuando los formulemos, es importante no cometer equivocaciones fundamentales, no argumentar en el terreno elegido por nuestros adversarios. Es muy importante comenzar a observar verdaderamente nuestra sociedad, este peculiar capitalismo democrático que tenemos, y comprenderlo tal como es.

Durante mucho tiempo, a lo largo de la mayor parte de nuestra historia, no ha sido esencial que los estadounidenses comprendan su sistema. Quienes fundaron este país habían quedado tan profundamente marcados por la era de guerras confesionales que acababan de vivir, que no quisieron fijar un marco metafísico, religioso o filosófico demasiado rígido para la nueva nación. Querían que las personas comenzaran a vivir y actuar sin necesidad de formular explícitamente sus principios personales, porque pretendían evitar que surgieran divisiones entre nosotros. Habían descubierto que los seres humanos pueden actuar muchas veces en colaboración, aunque las razones de cada cual sean muy diferentes a las del resto y hayan surgido de metafísicas distintas.

De este modo, se han argumentado desde hace mucho que los estadounidenses tenemos una gran ventaja porque somos un pueblo práctico y no ideológico. No tenemos que discutir con los soviéticos sobre el marxismo-leninismo y Adam Smith. Si ne-

cesitan un taladro que perfora hasta una profundidad suficiente para poder explotar sus yacimientos de petróleo y no pueden fabricarlo, tendrán que ir donde nosotros a conseguirlo. Si fabricamos una trampa para ratones mejor que las demás, el mundo entero irá a golpear a nuestra puerta.

Pero ahora, la coexistencia fundada en el sentido común no ideológico ha quedado atrás. Actualmente vemos que las ideas gobiernan el mundo. No es el sentido común pragmático lo que mueve a los pueblos de Nicaragua, Angola y el resto en su tentativa de construir un orden socialista. Son impulsados por ideas, ideas falsas, a crear sociedades que, según puede predecirse, terminarán en desastres. El papel de las ideas ha adquirido extraordinaria importancia en la civilización contemporánea.

Detractores de izquierda y de derecha.

En los Estados Unidos, los ataques contra el capitalismo democrático y la debilidad de nuestro contraataque tiene dos orígenes básicos. Uno de ellos se relaciona con ciertos intereses reales de grupo en conflicto, y el otro con algunas poderosas corrientes intelectuales.

Hay actualmente 16 millones de personas que trabajan en todas las esferas del gobierno norteamericano, y otros 16 millones que se desempeñan en las grandes corporaciones incluidas entre las "500" de la revista "Fortune" —una virtual paridad en términos numéricos. Entre estos dos sectores de nuestra "élite" están en juego el poder, la influencia y el dinero reales. Uno de estos grupos todavía piensa como la vieja élite"; el negocio de Norteamérica son los negocios, y la forma de superarse individualmente y como país es a través del sector privado. El otro grupo, que ha sido bautizado como "la nueva clase", ha visto que el poder, la riqueza y la influencia aumentan para ellos junto con el tamaño del gobierno.

El debate es en torno a dos visiones radicalmente distintas de la economía política a aplicar en este país. Por una parte está la idea de que los Estados Unidos serían mejores

como nación si hubiera en ellos un gobierno "protector" y "solidario", esto es, un sector público de mayor tamaño. Por la otra, la de que los Estados Unidos serían mejores como nación si limitamos y reducimos el papel del gobierno de manera de estimular la actividad de individuos y grupos ajenos al Fisco. Estas dos visiones distintas de lo que hace falta para construir un buen país, provienen de dos filosofías muy opuestas, y apuntan hacia resultados categóricamente diferentes en la distribución del poder, la riqueza y la influencia.

La segunda de estas ideas, la del capitalismo democrático, ha permanecido durante varios decenios marcadamente a la defensiva en los Estados Unidos, no sólo debido al crecimiento de la "nueva clase", sino también a tradiciones intelectuales heredadas tanto de la derecha como de la izquierda.

En la izquierda intelectual tienden a prevalecer las ciencias sociales. El mismo Marx concebía al socialismo como la aplicación práctica de éstas. El supuesto fundamental era que la sociedad, como la naturaleza, puede ser analizada, desmontada y vuelta a armar de una manera más creativa y beneficiosa. La mayoría de quienes se dedican a las ciencias sociales tienden por naturaleza a centrarse en los aspectos de la vida que resultan estadísticamente significativos o pueden someterse a cuantificación. No confieren demasiada importancia en sus métodos de análisis a la voluntad individual, el papel de los mercados o la interacción libre. Toman en cuenta, más bien, los efectos del condicionamiento social y las conductas grupales de diversa naturaleza, lo cual los lleva a pensar en términos socialistas, aunque sus principios no lo sean explícitamente.

Por ejemplo, los científicos sociales hablan y escriben profusamente sobre la alienación. Pero, suponiendo que uno mirase neutralmente al mundo, sin haber leído muchos libros, para determinar dónde es más grave actualmente la alienación entre las 160 naciones del mundo. ¿En qué países se observaría con mayor gravedad este fenómeno, y en cuáles se detectaría la mayor satisfacción entre sus habitantes, el optimismo

más marcado y la valoración más profunda de su dignidad? En las democracias, evidentemente. Sin embargo, este cuadro es exactamente opuesto al que describen los tratados sociológicos sobre la alienación.

Pero no es sorprendente que quienes se hallan a la izquierda sean anticapitalistas. Lo abismante es que haya tantos intelectuales conservadores de jerarquía, en campos como la historia, la literatura, la filosofía y la religión, que también resultan anticapitalistas. Mi buen amigo George Will escribe su columna anticapitalista cada tres meses. Russell Kirk ve publicada anualmente la suya en la "National Review". Es muy típico que cierto tipo de conservadores literarios, religiosos o filosóficos consideren que el siglo XVIII fue el punto más alto del desarrollo humano. George Will se define como un "conservador de vidrio coloreado". Yo prefiero llamarlo "conservador de rosal", porque George realmente piensa que la Inglaterra rural era mejor cuando había un rosal trepando por el enrejado en cada casa.

Los creyentes religiosos de las filas conservadoras pueden lanzar ataques especialmente fuertes contra el capitalismo y las corporaciones, porque el advenimiento de la democracia y de este sistema económico ha contribuido a reducir la autoridad de las instituciones religiosas. Sin embargo, los países capitalistas y democráticos tienden también a ser los más religiosos del mundo. Los Estados Unidos, específicamente, son al mismo tiempo la nación más democrática, más capitalista y más religiosa del mundo. De cualquier modo, es verdad que ha disminuido la importancia de los líderes religiosos, que era crucial en el orden social precapitalista. Ahora, los edificios más imponentes y vistosos de las ciudades son con frecuencia no ya las catedrales sino los bancos y las universidades.

Por una serie de razones, entonces, hemos visto una actitud sorprendentemente desgana en la defensa de aquella forma de economía política llamada capitalismo democrático, aun entre los intelectuales conservadores de la Norteamérica actual.

Sistema Trinitario

Smith destacó admirativamente dos características centrales de esta nueva idea que comenzaba a aplicarse en Norteamérica. Una era la separación de la iglesia y el estado, de la prensa y el estado y de las universidades y el estado. Esto surgía del principio de que no deben confiarse a los líderes políticos las decisiones en ninguno de estos tres campos, porque la vida del espíritu es demasiado importante para dejar su control a los políticos. Esta noción fue determinante y era muy novedosa, si bien ya se la había aplicado en Ginebra y algunas repúblicas libres de Europa, y se la había introducido, hasta cierto punto, también en Gran Bretaña.

El segundo principio era aún más impactante, y consistía en que no pueden confiarse, tampoco, a los líderes políticos las decisiones económicas. Por tanto, deben separarse lo más posible las instituciones económicas del estado. Esto era mucho más original. El concepto no se aplicaba en ninguna parte de Europa, con excepción, una vez más, de algunas ciudades libres.

En los Estados Unidos, habría de forjarse un continente entero en torno a estas dos separaciones, a estos tres sistemas independientes.

Habría de surgir un sistema político democrático, basado en el respeto a los derechos humanos, el sufragio electoral y procedimientos, controles y rendición de cuentas constitucionales.

A continuación, se crearía un sistema económico capitalista, basado en la propiedad privada, los mercados y los incentivos (lo que significaba desigualdades sistemáticas).

Y finalmente habría un tercer sistema separado, de naturaleza moral-cultural, con iglesias, universidades, diarios, luego radios y canales de televisión, asociaciones de escritores y filósofos, autónomos —una amplia gama de instituciones en el ámbito moral— cultural, no sometidas al arbitrio ni del sistema político ni del aparato económico.

Toda esta sabiduría se resumió en las monedas estadounidenses, en las que se grabó la inscripción: "En Dios Confiamos" ("In God we Trust"). Ello significa, en la práctica, "en nadie más".

La magia del sistema consiste en que al dividir los poderes se impide que nadie llegue a controlarlos enteramente. Se trata en todos sus aspectos de una idea judeocristiana, basada en una observación profunda de la vida humana. No es accidental que haya surgido en una cultura en que se había inculcado desde hacía mucho tiempo a las personas la doctrina del pecado original.

Esta nos advierte que todo ser humano suele pecar. De ella se sigue que no debe confiarse demasiado poder a nadie. De cualquier manera, la enseñanza ortodoxa sobre el pecado original también señala que la mayoría de los hombres es la mayor parte del tiempo generosa, digna y responsable. El primer principio hace a la democracia, el capitalismo y el pluralismo **necesarios**. El segundo revela que un sistema basado en esta trilogía es **posible**.

Como ejemplo de la interacción entre los diferentes elementos que conforman nuestro sistema puede tomarse la apertura del oeste norteamericano, empresa característica de lo que en la actualidad suele llamarse "desarrollo".

El Congreso redactó muy tempranamente la ley de propiedad territorial (Homestead Act), de manera que no se abriera el oeste para que unas pocas grandes familias se apoderasen de todo, como en Argentina o El Salvador, o aún como en el sur estadounidense, con sus enormes plantaciones. En lugar de permitirlo, la decisión gubernativa ratificó que la idea estadounidense era crear la mayor cantidad de terratenientes (capitalistas) posible, para la protección de la democracia. No sólo se permitiría a todos los que llegasen adquirir terrenos y construir en ellos casas, sino además se crearían los colegios de concesiones territoriales, basados en el principio de que la causa de la riqueza es el intelecto. Y sería el gobierno el que establecería estos organismos, no para dirigir la iniciativa per-

sonal, sino para darle poder. Luego vendría el Servicio de Extensión y en último término la electrificación rural, la Ley de Carreteras, las grandes represas y sistemas de irrigación.

Esta no es una visión libertaria; el nuestro ha sido un gobierno muy activo. Pero tampoco es socialista, porque el gobierno capitalista democrático considera su tarea como la de otorgar poder a las personas, no de dirigir sus acciones. Para ello crea instituciones que permite a las personas construir una vida mejor mediante la acción individual y la asociación voluntaria.

Que el gobierno adoptara medidas directas para administrar los predios y dirigir el desarrollo sería la idea socialista. Pero limitarse a aportar algunos de los prerequisites del desarrollo económico, que el sector privado no podría crear por sí solo, tal es la concepción capitalista democrática del progreso. Se trata de una idea profundamente estadounidense. Y su efectividad ha sido demostrada maravillosamente por nuestra historia. Esta es, por lo demás, aplicable en otros territorios del globo, zonas en las cuales no tendríamos por qué ir perdiendo la guerra de ideas de la forma en que parece ocurrir.

Necesidad de Comprendernos Mejor

Para recuperar terreno en esta lucha debemos comprender profundamente nuestro sistema y argumentar en su defensa sobre la base de su fortaleza real, y no con conceptos sobre Norteamérica que sean incapaces de reflejarla adecuadamente.

Necesitamos, por ejemplo, una valoración más marcada de la idea de comunidad, del importante papel que ésta última ha desempeñado en la historia estadounidense. La mayoría de las personas que discuten en favor de nuestro sistema en los Rotary Clubs o las Cámaras de Comercio (así como casi todos los políticos republicanos) lo hacen en términos del individuo. Hay una razón emocional para ello, pero la misma no es adecuada. Refleja la experiencia de la mayoría de los em-

presarios. Prácticamente todos quienes han iniciado un negocio o creado un invento han tenido la experiencia del rechazo generalizado a su idea. Por tanto, es evidente para el empresario que en muchos momentos de la vida, las personas no pueden confiar más que en sí mismas.

Pero este mismo hombre de negocios que argumenta en favor de la iniciativa individual, olvida con frecuencia que el siguiente paso que dio en el camino hacia el éxito, tras el primer triunfo solitario, fue crear una corporación. Y ésta, el elemento más característico de las sociedades capitalistas democráticas, es una invención social. Surge de la noción de que las tareas económicas son demasiado complejas para ser realizadas por una persona sola, o siquiera por una generación aislada, y necesitan una forma organizacional que pueda trascender estas limitaciones y continuar existiendo. Además, esta maravillosa institución social depende para su éxito de una gama extraordinariamente vasta de cualidades sociales.

En la mayoría de las culturas, la cooperación social no es un arte muy desarrollado. Casi todas, irónicamente, son demasiado radicalmente individualistas, o (una extensión del mismo rasgo) excesivamente centradas en la familia. Ni el individualismo ni el familismo son, sin embargo, tan socialmente abiertos y eficaces como el principio de libre asociación. Nuestro sistema se distingue por su énfasis en la interacción social. Se ha creado en él una concepción nueva de la comunidad.

Imagínese cualquier campaña política, en que los muchachos son llevados a Iowa, New Hampshire o algún lugar donde jamás habían estado, a los 18 años, y a las 24 horas pueden comenzar a organizar una campaña estatal en la que nadie da órdenes y no hay dictadores, sino una inmensa capacidad de cooperación. Los estadounidenses saben aplicarla característicamente, en cualquier ámbito de la existencia. Han desarrollado una forma nueva y diferente de personalidad histórica, la personalidad comunitaria. Ciertamente, no son los individualistas acérrimos de que tanto hemos oído hablar.

Otra de las ideas fundamentales del capitalismo democrático que podemos subestimar es el estímulo a la creatividad y el desarrollo intelectual. ¿A qué respuesta llegó Adam Smith para su famosa pregunta sobre la causa de la riqueza de las naciones? El intelecto, concluyó, determina la prosperidad de las naciones, y no los recursos naturales. La mayor parte de lo que conocemos como recursos en la actualidad no eran considerados tales hace 200 años. Es la inventiva humana, la inteligencia aplicada lo que les ha dado ese carácter.

Jacques Servan-Schreiber escribió en 1968 un libro llamado "El Desafío Norteamericano". Este, señalaba, era tipificado por impresionantes estadísticas, por ejemplo, la de que 70 por ciento de los productos químicos vendidos ese año en Francia ni siquiera existían 10 años antes, y que todos ellos habían sido inventados y fabricados en los Estados Unidos. Si esta situación se mantiene, decía, este país y todos los demás serán enteramente de propiedad de Norteamérica. ¿Y cómo lo hacen? Han organizado sus vidas de manera de estimular el uso de la inteligencia. La nuestra es en la historia la sociedad que más rápido avanza desde una idea nueva hasta su concreción y su distribución generalizada.

Servan-Schreiber es uno de los que han dado en el blanco. Quienes lo han errado completamente son los autores de las inserciones de prensa y pronunciamientos según los cuales los Estados Unidos tendrán que racionar la energía porque nuestro seis por ciento de la población mundial consume cerca de 40 por ciento del combustible total. Pero eso no puede ser cierto; pensemos en ello. Porque lo que el mundo entendía por "energía" en 1776, cuando escribió Adam Smith, era la espalda humana, los caballos y los bueyes, el agua corriente, el sol, el viento. Pues bien, el seis por ciento de la población mundial que vive en los EE. UU. no ocupa el 40 por ciento del sol —ni siquiera Jane Fonda podría acusarnos de eso. No; la energía que consumimos tan abundantemente es la que nosotros mismos hemos creado.

Fue en 1809 que alguien inventó una forma de hacer arder el carbón de antracita; todos sabían que calentaba más y era más duradero, pero no se podía encenderlo. Un norteamericano que vivía cerca de Filadelfia imaginó la forma de hacerlo, abriendo de este modo los yacimientos de antracita de Pennsylvania, y haciendo posible la locomotora, el rascacielos, el transatlántico, etcétera. Luego, en 1859, otro estadounidense perforó el primer pozo petrolero, en la localidad de Titusville, también en Pennsylvania. Luego vinieron el gas natural, y se instaló el primer tendido de luz eléctrica, en Nueva Jersey, en 1878. En resumen, casi todas las cosas que actualmente llamamos energía fueron inventadas en los Estados Unidos por el mismo seis por ciento de la población. Y hoy cerca de 60 por ciento de estos recursos energéticos —según las cifras mencionadas más arriba— son disfrutados por otros en todo el mundo gracias a nuestra inventiva.

No Hay Garantías

La clave está en la amplitud de nuestra base. Reconocemos la importancia del papel que juega el gobierno, la autoridad política constituida. Nuestro sistema económico estimula la iniciativa y permite la exploración de infinitas posibilidades. Y hemos dado cabida a una gama muy extensa de valores morales y culturales. Dentro de este amplio marco de referencia nos resulta muy fácil aprender lecciones prácticamente de quien fuere y aplicarlas, rehacerlas, imponerles nuestro sello e incorporarlas a nuestro sistema.

La vitalidad, la capacidad de hacer constantemente mejor la vida de nuestro pueblo y de todos los pueblos, la visión para responder positivamente ante el futuro, están abrumadoramente presentes en los Estados Unidos gracias a este singular sistema trinitario.

Sin embargo, nada garantiza que éste pueda durar para siempre. Es simplemente un experimento. Si somos incapaces de defenderlo adecuadamente, con espíritu e inteligencia, cometeríamos un error imperdonable, y ello constituiría en último término una tragedia para el mundo.